

La voz de las comunidades

“Sí es posible hacer una convivencia distinta”

Lecgisia Torres*



Soraya Medina.

LECGISIA TORRES

Para Soraya Medina, una emprendedora comunitaria del estado Mérida, detrás de la violencia hay mucho dolor, mucha frustración, falta de reconocimiento, de valoración. “Cuando nos damos cuenta de que podemos ser otras personas, de que podemos perdonar, ahí empieza el cambio”

Con un optimismo que contagia, Soraya Medina, docente desde hace muchos años, desarrolla un trabajo comunitario junto a su compañero de vida, Pablo Kaplún, en una organización llamada Geografía Viva. Trabajando en escuelas y comunidades del estado Mérida, descubrieron que el cuidado del ambiente es importante, pero debe ir de la mano del afecto.

Así que esta emprendedora comunitaria ha descubierto que la promoción de los afectos tributa al cuidado del ambiente y al mejoramiento de las relaciones interpersonales en distintos ámbitos de la vida. “Nuestra organización pretende hacer ver a la persona que tiene derecho a vivir en paz, que puede comunicarse de manera distinta, con respeto y amor con todo lo que la rodea, incluso con sus semejantes”, sostiene Medina.

—¿Cómo fueron tus inicios en la actividad comunitaria?

—Comenzamos a trabajar con la familia desde antes de la fundación de Cecodap (1984), en el barrio El Ciprés, en Caricua. Iniciamos con un grupo de animadoras comunitarias, que cuidaban niños y niñas en sus casas. Con ellas se inició una formación a través del Centro Permanente de Aprendizaje, un programa de la Universidad Simón Rodríguez, que acredita un proceso formativo a través de la experiencia y la discusión con un grupo pequeño de interesados en un área determinada.

Se les brindaba orientación para que obtuvieran herramientas para el trabajo con los niños y niñas en edad preescolar. Entre los acompañantes de este proceso se encontraban los fundadores de Cecodap: Oscar Misle y Fernando Misle. De esta manera, dichas mujeres se formaron como animadoras comunitarias. Este grupo conformó el Cecap (Centro Comunitario de Atención Preescolar) ahí en la zona. Si vas al Ciprés encuentras a las chicas trabajando, hasta sus hijas trabajan allí. Así comenzó toda mi experiencia comunitaria.

-¿Qué pasó luego?

-Luego se funda Geografía Viva (1987), que inicia su trabajo abordando la problemática ambiental. Nosotros observábamos que los niños y las niñas desarrollaban un vínculo con los animales, con las plantas... y esos vínculos eran afectivos, pero a la vez observábamos que en sus relaciones con los padres, los maestros y los compañeros de clase no se daba esta afectividad, y es entonces cuando surge Geografía Viva, con el fin de sembrar afectos.

Trabajando con el proyecto P.A.S. (Participamos por un Ambiente Sano) se estableció una metodología donde se articulaban los niños y los adolescentes, los padres con las autoridades municipales. Desde la escuela, los estudiantes abordaban una problemática ambiental de su comunidad, proponían soluciones y las manifestaban a las autoridades. Se formaban como contralores de la gestión ambiental. Cuando los niños tomaban el derecho de palabra en la alcaldía, las autoridades se comprometían a apoyar las propuestas de los educandos.

En una oportunidad la Escuela *21 de Noviembre*, ubicada en Los Llanitos de Tabay, en el Municipio Santos Marquina, ganó un concurso ambiental propuesto por el BCV. Esta escuela planteó la implementación del uso del bolso ecológico en los comercios. Los padres apoyaban a sus hijos en las investigaciones y se vinculaban con el proyecto. Allí nos interesamos en trabajar con los padres, especialmente para fomentar el diálogo y las manifestaciones de afecto en la familia.

Tuve la oportunidad de estudiar en España el tema de la mediación familiar; ahí vimos muchas cosas: cómo darle herramientas a la familia en la mediación de conflictos, la participación de los niños en un conflicto, etcétera. Me interesé en la Pedagogía Sistémica y comprendí que en el trabajo de los niños, si no se trabaja la familia, estamos trabajando con una pata coja.

Ahora estamos trabajando en las escuelas con los padres; lo hacemos con más intensidad. No estamos dando un taller y ya, lo que estamos buscando es que los padres puedan vivenciar su propia experiencia pasada, que muchas veces la olvidan porque hubo mucho dolor, mucha tristeza. La idea es fortalecer ese vínculo de padre e hijos, para fortalecer esa primera red social del niño y para fortalecer así la familia.

-¿Con Geografía Viva se dedicaron a dictar talleres sobre familia en las escuelas donde funcionaba P.A.S.?

-Al compartir con los padres, que acompañaban a los niños a los programas de radio sobre el ambiente, nos enteramos de la problemática en la crianza de sus hijos, entonces les brindamos orientación sobre cómo relacionarse con ese adolescente, cómo comunicarse con ese niño que, en un momento dado, no quiere hablar.

En las reuniones de padres, los ponemos a reflexionar sobre las modas de su adolescencia, la música que les gustaba a ellos y cómo se relacionaban con sus padres. Cuando ellos caen en cuenta de que actúan igual que sus hijos, les damos herramientas para una mejor comunicación. Es una experiencia muy interesante porque permite tomar conciencia de que la adolescencia es una etapa de evolución humana.

A los talleres que se iniciaron con cinco o seis personas, después de un tiempo llegaron a asistir más de cincuenta padres, porque se estableció un vínculo afectivo. Ha sido un trabajo desde la comunidad hacia la escuela. Los padres han entendido que sus hijos necesitan de su apoyo y por eso requieren herramientas para comunicarse mejor.

-En tu trabajo con las familias has observado de cerca la violencia familiar. ¿Qué opinas de esta situación que afecta a varios hogares venezolanos?

-Creo que ese es uno de los problemas más fuertes que tenemos. Hay que estar conscientes de que vivimos una violencia estructural; generalmente no nos damos cuenta de la violencia que estamos proyectando, una violencia que traemos con nosotros mismos pero que estamos viendo solamente en el otro. La violencia, que está metida en todas partes, la vemos como algo normal y esto es una de las cosas más graves de nuestra sociedad; está como metida en la sangre, parece que la lleváramos en los tuétanos...

Nos hemos dado cuenta de que tenemos que formar a los padres para que el cuidado de los niños no esté basado en el maltrato, en la vejación, en la humillación... Yo creo que esa es la mayor tarea por hacer. Un niño que crece con la violencia va a tener altas probabilidades de ser una persona violenta con sus compañeros de clase, con su pareja, con sus hijos, y así sucesivamente, generando toda una cadena de violencia.

Este problema tiene múltiples factores, no podemos decir que la única causa está en la familia. Lo comunitario es clave, pero lo que se pueda hacer en este ámbito puede quedar muy corto si no tomamos conciencia del problema en general. Faltan políticas locales y regionales para desarrollar un trabajo efectivo y mancomunado sobre la convivencia pacífica. Pero hay más. Los padres son violentos por miedo. Cuando uno les pregunta por qué les pegan a sus hijos, ellos responden que lo hacen para que no caigan en las drogas, para que no tengan malas juntas, para que no se les escapen de las manos.

Esta situación la podemos cambiar con el diálogo, la afectividad, aprendiendo a dar un abrazo. El sentir y hacer sentir que su hijo es amado. El amor no es solo lavarle la ropa o dejarle la comida lista; es muy importante la sobadita en



GEOGRAFÍA VIVA

la cabeza, decirle al niño que siempre vamos a apoyarle, pase lo que pase.

La afectividad es uno de los elementos fundamentales para el desarrollo humano. Darles la posibilidad a los muchachos de contar sus propias historias, de hablar de la vida, de las cosas que les pasan en la escuela, en la calle –sin hacer juicios–, es un gran paso en la dinámica de la comunicación familiar.

–En las escuelas en las que le ha tocado trabajar, ¿cómo ha visto la situación de la violencia?

–A veces los educadores no se dan cuenta que son violentos con los niños; nos llaman para dictar un taller a estudiantes porque son violentos y, cuando estamos en un consejo de docentes buscando alternativas a la violencia, descubrimos que los mismos docentes son muy violentos entre ellos.

–¿Por qué un padre o un maestro decide buscar herramientas para mejorar las relaciones en su entorno?

–Porque entra en un proceso de toma de conciencia de sí mismo, ese es el verdadero cambio. Detrás de la violencia hay mucho dolor, mucha frustración, falta de reconocimiento, de valoración, y cuando nos damos cuenta de que podemos ser otras personas, de que podemos perdonar, de que podemos reconocer en nosotros a alguien capaz de hacer las cosas de otro modo, ahí empieza el cambio que se requiere.

–¿Cómo podemos mejorar nuestras relaciones familiares?

–Es necesario actuar en distintas áreas. Debemos fortalecer los vínculos con la escuela, con los amigos de nuestros hijos, los padres deben establecer acuerdos para no contradecirse. Sí es posible hacer una convivencia distinta, sí es posible abrirse al diálogo, pero debemos esforzarnos un poquito por ese abrazo, por la palabra asertiva, por el pensamiento positivo hacia las

demás personas, por dar un poco de fe y esperanza en cada situación que vivimos en la casa. Todo esto es clave para una mejor convivencia.

–En el Seminario Internacional *Abriendo puertas al amor y al buen trato*, al que asistieron docentes y comunidad en general, se sentía una energía positiva entre los asistentes. ¿Tenemos esperanza en la construcción de una convivencia pacífica?

–La clave es justamente eso, el amor; el amor mueve barreras. Sí hay esperanzas. Claro que es posible una familia diferente, una educación diferente. Nosotros hemos aprendido de lo que hemos traído culturalmente, del maltrato, de la humillación, pero expresando nuestras emociones con consciencia, estaremos cambiando patrones.

Nuestros padres hicieron lo que estaba en su mano hacer pero, sin arrogancia, nosotros podemos hacer cosas diferentes. Pepa Hornos tiene un libro que se titula *Educando al amor* donde hace referencia a eso, a educar nuestra afectividad, a ver cómo hacemos para que la forma de relación sea el amor y no la violencia.

En el seminario hablamos de la *Cadena de favores*, que no es más que estar conscientes de los favores que recibimos y de la necesidad de hacer favores. Así se va sembrando esa semillita del tratar bien al otro, del hacer bien al otro, y esta va creciendo muchas veces sin darnos cuenta.

Al cierre de esta amena conversación, Soraya llena su bolso de proyectos, visitas y jornadas con las que intenta convencer a todo aquel que se le cruce en el camino de que, con amor, es posible construir la convivencia pacífica que todos queremos. Nada ni nadie le quita de la cabeza la certeza de que el *buen trato* tiene el poder necesario para mejorar las relaciones en la familia, en la escuela y, por ende, en nuestras comunidades, posibilitando así esa sociedad justa y fraterna por la que trabajan tantos venezolanos.

*Coordinadora del Programa FOCO (Fortalecimiento de la Organización Comunitaria), región Andes.